

antiguo; y de semejantes ideas son prueba las rebeliones que se enumeran de Bar-Cocheba, Teona y otros, cuya pertinacia atrajo sobre Jerusalem su completa ruina. Por lo que mira á todos los demás pueblos que eran gentiles, impulsados por el ardor de aprender y enseñar la sabiduría, cultivaban altivos la multiforme filosofía de entonces. Esta, ó bien bajo el turbante de Zoroastro y de Samonio separando el mundo bajo y visible del aéreo y etéreo, dividiendo el supremo Ser en dos opuestos principios, y añadiéndole un tercero entre los dos intermedios; ora destruyendo con los cuerpos las almas, ora llevándolas perpétuamente errantes de uno en otro cuerpo, dictaba sus lecciones desde el Eufrates hasta el Ganges. Ó bien revestida del pálio griego, siempre varia en principios y en lenguaje: ya en la Academia concedía demasiada vida á las almas de los mortales, pues las hacia eternas porciones de Dios, al que debian reunirse: ya excesivamente rígida en las Galerías ó Stoa, volvía soberbios é insensibles á sus alumnos, pretendiendo hacerles virtuosos: ya demasiado muelle en la cátedra epicúrea, desembarazados los discípulos del temor á la Divinidad echada fuera ó mantenida estúpida cuando menos, establecía el placer como el supremo bien del hombre. Por manera que la filosofía, divididos los ingenios en fieros bandos, é inflamados los ánimos con iras metafísicas y lógicas rabias, se gozaba contemplando á sus campeones bajo opuestas banderas reñir como encarnizados enemigos; y en guerras y en contiendas de sofismas, sutilezas y distinciones luchar furiosamente hasta el último aliento. Agitados así y henchidos los doctos gentiles por filosófico genio con las supersticiosas costumbres que tenían de comun con los pueblos, poseían un orgullo indomable y enteramente propio de su carácter.

12. Tal era la índole de aquellos hebreos, tal era la de los gentiles de aquellos tiempos: Pedro lo conoce y muy bien lo comprende, y se dice á sí propio: respecto á los hebreos, ellos vendrán á conocer al Redentor en el pobre Nazareno, y, olvidadas las antiguas leyes, y las ceremonias en la babilónica confusion no confundidas, triunfadoras de la barbarie y del odio de los Baltasares y de los Antíocos, acabarán por recibir las leyes y adorar la divinidad del mismo á quien crucificaron. Respecto á los gentiles, piensa Pedro, llegarán hasta á envidiarnos, recibirán la uniforme filosofía del Evangelio, y entre ellos se ha de ver sucederse á tan horribles costumbres la santidad mas austera. Ni tengo armas para pelear, ni legiones que conducir, ni reputacion y mérito para siquiera im-

poner; mas, no importa, el amor á Jesús me sobrepone á mí mismo y basta: *Domine, tu scis quia amo te.*

13. Idea sublime: alma grande á la que obstáculos insuperables y dificultades las mas espantosas léjos de atterrarla, le dan mayor fuerza y bravura para la empresa. Para presentaros de un modo ú otro un ejemplo, tomo la imágen del sol con el Crisóstomo: *Quomodo apparente sole tenebræ discutiuntur; sic apparente, vocemque mittente Petro, erroris tenebræ discutiuntur.* Apenas el astro del dia asoma en el horizonte, todo con sus resplandores se alegra, todo revive: azota á las tinieblas y las barre: hiere al hielo y lo desata: engalana la tierra y la remueve, la penetra y la fecunda: aquí dorra las mieses: allá purpurea los frutos, allá recrea á los animales, por lo que el real Profeta lo mira como un prodigioso gigante que cada vez comienza la carrera de su gran viaje, y la recorre rápido señalando sus pasos con otras tantas palmas y triunfos: *Exultavit ut gigas ad currentam viam... nec est qui se abscondat à calore ejus.*

14. Con este noble y majestuoso aspecto se me representa san Pedro saliendo del cenáculo y desparramar profusamente las luces y la llama de su amor. Preséntase á la Sinagoga y le roba sus secuaces con anunciar á Jesucristo: ocho mil circuncidados convierte en solo dos sermones; y echándoles en cara su obstinacion á los pertinaces, confunde su orgullo con los oráculos de los Profetas. Pasa á Samaria, lleva allí la luz del Evangelio, y es tanto el esplendor de la salud en los samaritanos, como en Simon el fulgor del asombro: *Apparente Petro, erroris tenebræ discutiuntur.* Recorre las provincias del Asia, y transforma las gentiles pagodas en congregaciones de fieles: preséntase á Antioquía, y la vuelve cristiana hasta tal punto de santidad, que la fe de Antioquía se hace proverbial por todo el Oriente: *Apparente Petro, erroris tenebræ discutiuntur.* La voz de Pedro es la misma verdad instruyendo: en un solo idioma se hace clara é inteligible á pueblos de distintas lenguas, de modo que de un mismo labio al instante mismo conocen á Jesucristo los partos, los medos, los panfilios, los elamitas, los mesopotamios y los griegos: *Vocem mittente Petro, tenebræ discutiuntur.* La mano de Pedro es virtud de prodigios: vuelve el andar á los cojos, la salud á los débiles, y á los muertos la vida. Gracia de consuelo y ayuda es hasta la sombra de Pedro, la cual proyectando por encima de los enfermos á la salud los vuelve. Variedad de cuidados, distancia de lugares, nada, nada puede arredrar su celo: infatigable pasa de Jerusalem á Antioquía, y vuelve á Jerusalem,

segun la necesidad lo reclama: recorre incansable la Galacia, el Ponto, la Bitinia, la Samaria y la Capadocia: *Exultavit ut gigas ad currendam viam*: allá apaga discordias, aquí reúne concilios, allá termina cuestiones: en una parte ordena obispos, en otra funda iglesias, ó ya confiere el apostolado: á donde no llega su pié ó no alcanza su voz, envia cartas, y corrige, exhorta y anima: *Nec est qui se abscondat à calore ejus*.

15. Pero ni con todo esto se satisface el magnánimo amor de Pedro. Ya han recibido el Evangelio las diferentes provincias del Asia: el Oriente es cristiano: ya las filosofías estóica, académica y peripatética un tiempo enemigas, hermanadas ahora en la paz ecléctica, se complacen en seguir obsequiosas los racionios del Evangelio, y sacar de este purísima luz, de que se apoderan y reproducen á su vez con maravillosa armonía. Pero todo esto no basta á Pedro: medita nuevas empresas: cumplida no le parece todavía la vision misteriosa por la cual bajo el símbolo de grifos, sierpes y bestias raras á él para nutrirse presentadas, *occide et comede*, siéntese sin cesar llamado á convertir toda especie de gentes y naciones asimiladas en aquellos brutos por sus horribles depravaciones. De aquí es que no se queda Pedro á contemplar lo hecho, sino que vuelve su mente á lo que todavía falta: desde el Asia echa su mirada sobre el Occidente, y sin mas, pobre, descalzo y solo emprende el camino á Roma á llevarla el Evangelio, y humillarla á la cruz. Cuando el gigante filisteo armado de inmensa loriga, sacudiendo su elevada cimera como el mas prominente cedro del Líbano su frondosa copa, y vibrando aquella lanza como una antena cuyo hierro pesaba veinte y cinco libras, entendió que lo desafiaba á singular combate el rapazuelo David, vestido de sencilla lana y armado de una flexible honda, entre la befa y la indignacion soltó una despreciativa ó insultante sonrisa: y ¡qué mofa no hubiera hecho de Pedro el soberbio genio romano al ver disponerse para la conquista de Roma á un miserable pescador, armado del solo nombre de un Crucificado! ¿Sabes tú, Pedro, sabes tú lo que es Roma? ¿Mides acaso por la pescadora aldea de Cafarnaum, ó por la angustiada Belen aquella Roma que es la reina del mundo? ¿Mides acaso por la simplicidad de los galileos, ó por la rusticidad de los palestinos aquella Roma que acoge en su seno cuanto tienen de sublime las ciencias, de bello las artes, de grande el valor, y la opulencia de espléndido? Mira aquella Asia de donde vienes: recorre sus reinos y sus monarcas, Pérgamo y su Átalo: la Armenia

y su Tigranes, el Ponto y su Mitridates, y recuerda, viejo loco, que dejaron de ser grandes desde el mismo punto en que se atrevieron con esa Roma que en tu delirio piensas dominar con tus ideas. Así cualquier romano hubiera insultado á Pedro: mas, cesen las palabras donde hablan y muy altos los hechos. Al Tíber, hermanos míos, al Tíber... El pescador se presenta: avanza, y aquella Roma que vencedora habia igualado con el suelo á la patria de Aníbal; aquella Roma, cuyo solo nombre habia hecho palpitar junto al Rubicon el grande corazón de César; aquella Roma lo recibe, y ante el pescador enmudece. El pescador se deja ver por todas partes, y el amor á Cristo, que se le transparente en su semblante, lo presenta á Roma mas grande que los Scévolas, que los Scipiones y que los Paulos. El pescador deja oír su voz, y el amor de Cristo que por sus labios se derrama lo coloca en Roma como mas elocuente que los Hortensios y los Tulios. Atiéndeme, ó Roma: aunque señora del mundo, eres muy infeliz si no cambias tus ideas y tus acciones. Tu Júpiter es un pedazo de piedra: tus Números son fábulas, quimeras tus virtudes, y vicios tus costumbres: aquí te traigo nueva moral para que la sigas: un nuevo Dios para que lo adores; él es omnipotente, pero tú debes venerarlo en sus mortales despojos, condenado á muerte como malhechor por uno de tus jueces. Tal es el lenguaje de Pedro en Roma, carísimos hermanos; y á semejante lenguaje la triunfadora de Yugurta y de Pirro: la domadora de los alobrogenses y de los britanos: la madre de los Horacios, de Camilo y de Bruto inclina ante el Crucifijo la frente coronada de las diademas de los vencidos reyes de la tierra: dobla ante la cruz su rodilla besada con tembloroso labio por todo el subyugado hemisferio; y ante el Crucifijo y la cruz se postra la majestad de los cónsules, se dobla la altivez de las matronas, y se humillan el orgullo de las academias, la ambicion de los augures, la gravedad del Senado. Si á los hechos grandes y estupendos ha sido uso entre los escritores llamarlas empresas de romanos, empresas de ánimo y de arrojo romano: *Facere, et pati fortiter, romanum est*; ¿cuál no deberá considerarse la empresa de haber vencido y humillado el mismo ánimo y arrojo romano, no por las armas ni en batallas de héroes guerreros, sino por la palabra de un miserable pescador?... ¡Tanto puede el amor de Cristo! *Domine, tu scis quia amo te*.

16. Si el magnánimo obrar de Pedro es admirable por la grandiosidad de sus empresas, no lo es menos la misma persona de Pe-

dro por la grandeza en el poder de la Iglesia que divinamente lo adorna. El infatigable amor de Pedro fundó en el Oriente y en Roma la Iglesia de Jesucristo; y Jesucristo confirió á Pedro el poder universal y absoluto de la misma: *Tibi dabo claves regni caelorum: quaecumque ligaveris et solveris super terram, erunt ligata et soluta et in caelis*. Olvide por lo tanto su José el Egipto: de Josué el sol nunca mas hable: cállese con Moisés el Eritreo, que ante la potestad de san Pedro todo parangon queda reducido á la nada. En cuanto á la extension de este poder baste decir que no se limita á una provincia, á un reino, sino que se dilata en espiritual dominio hasta los últimos confines de la tierra: *Quaecumque super terram*: en cuanto á la plenitud, baste decir que el poder de Pedro es completamente absoluto: *Tibi dabo claves*; plenitud por la cual nadie de su espiritual autoridad se halla exento ni separado: *Quaecumque ligaveris et solveris*; plenitud por la cual la voluntad de Dios esencialmente libre, sin perder su inalienable independencia, se obliga á confirmar para siempre los juicios y las sentencias de Pedro: *Erunt ligata et soluta et in caelis*; por último, en cuanto á la sustancia de este augustísimo poder, diré que el reino del cielo, y el gobierno de la porcion divina de todos los hombres, esto es las almas, queda consignado á las llaves de Pedro: *Tibi dabo claves regni caelorum*. Todo cuanto tiende á la salvacion, todo cuanto con relacion á la eterna gloria tiene el cielo de infinito y de grande, todo está en la mano de Pedro: *Tibi dabo claves*; todo cuanto el Omnipotente puede querer de los hombres en satisfaccion de las culpas, en agradecimiento de beneficios, en rogativas para dones; todo cuanto el Eterno exige de los hombres, como humildad en la fe, reverencia en el culto, y obediencia á los divinos preceptos, todo reside en la mano de Pedro: *Quaecumque ligaveris*: en una palabra, la justicia, la misericordia y la soberanía de Dios con sus inmutables derechos, todo está en poder del grande Apóstol, que en bien de la Iglesia puede disponer á su arbitrio: *Tibi dabo claves regni caelorum*. Abríos, pues, eternas puertas del cielo, abríos para cuantos á un mortal plazca enviar allá arriba: *Elevamini portae aeternales*: no es ya preciso aguardar á que os abra el Rey de la gloria: él divide su poder con un hombre de entre cuantos viven en la tierra el mas liberal, el mas magnánimo, el mas amante de Cristo: *Domine, tu scis quia amo te*.

17. Si los bienes llamados de fortuna fuesen lo único caro y apreciable que el hombre tuviera, y hubiésemos de deducir por ellos

la liberalidad del amante, que por el amado los deja; por cierto no redundaria en pro de Pedro el elogio de un amor liberal, pues que solo dejó una mala lancha, algunas redes, y una miserable casucha. Pero la largueza del afecto debe medirse por la del alma, y esta aun en el don mas mezquino puede mostrarse grandísima, cual exactamente la vemos en nuestro Apóstol. Aunque el mayor ó menor precio y estima de lo que se posee hace relativos los bienes de fortuna, con todo el afecto del poseedor es absoluto, y tanto ama el rico sus espaciosos castillos, como el pobre campesino su arado, y aun mas; por cuanto quien menos tiene mas estima su poco, pues que este poco constituye su todo, mientras el rico por mucho que dé siempre mucho le queda. Por esto, pues, todos los santos Padres enaltecen el desinterés de Pedro, quien por amor de Cristo abandonó todo cuanto poseia. No consistia el hogar de Pedro en esplendorosos palacios, gran número de criados, exquisidad de manjares, y amenos jardines; mas, tambien tiene sus goces la vida pobre y frugal del pueblo. La tranquilidad de la casa, las inmutables horas de la comida y del sueño, la libertad de la pesca, la nocturna ocupacion con las redes las miraba Pedro como cosas gratas, y en las cuales tal vez gozaba sólidas delicias que los opulentos desconocen: pues bien; todo lo abandona, y de todo enteramente se despoja por Jesucristo: *Relinquimus omnia, et secuti sumus te*.

18. Mas, estas fueron sin duda las menores privaciones. Fue mayor abnegacion acallar para siempre mas dulces sentimientos rompiendo los vínculos que le unian á la casa paterna; y para seguir á Jesucristo abandonar á su padre, á sus hermanos y hasta á su esposa, la cual ignorante tal vez en un principio del excelso motivo de aquella ausencia, ¿quién sabe con cuántas lágrimas en los ojos, con qué tristeza en el semblante, con qué suspiros en el labio no le exigiria el por qué de resolucion semejante? ó bien sabiéndolo, ¿no se esforzaria en apartarlo de su propósito tentándolo ciegameamente con seductora elocuencia? Mayor sacrificio fue posponer la inalterable paz y concordia de la familia á los desprecios y envidia de los fariseos, de cuyo maligno diente no se escapaba la accion mas mínima, la menor palabra, tanto del divino Maestro como de los discípulos. Mayor despojo fue no pedir premio ni compensacion á las propias pérdidas, ni implorar milagros de Jesucristo, ni como los hijos del Zebedeo pretender distinciones de grados; antes bien prediciéndole el Redentor las persecuciones, humillaciones y fati-

gas á que se exponia, aceptarlas de buen grado, y contento sufrirlas. ¿Vió jamás la Grecia en sus teatros, ni Roma en su Capitolio brillar con tan pura alegría el semblante de sus héroes de las Termópilas ó de Albano al recibir los aplausos y las coronas de sus triunfos, como la que inundaba el corazon y transparentaba el semblante de Pedro cuando sostenia los golpes de la persecucion de los envidiosos fariseos, ó del Sinedrio sin fe, ó de la endurecida Sinagoga? Alegre lo vió la curia en medio de los insultos: alegre lo miraban los lictores bajo la lluvia de los azotes: alegre lo contemplaron los horribles y súcios calabozos. Dobles cadenas lo sujetan: vela en rogativas afligida la Iglesia: descende á librarlo un Ángel; y Pedro duerme tranquilo, y á aquella libertad imprevista hállase como dudoso si debe partir ó quedarse en los hierros.

19. Pero todavía fue mayor y mas generoso desprendimiento en Pedro el separarse por humildad de aquel mismo Jesús por el cual todo lo habia renunciado. Siendo perfecto el amor, une dos almas de manera que por la comunicacion de la voluntad y de los afectos cada una de ellas no vive mas que por la otra y en la otra; y es por esto que si todas las penas juntamente pasadas parecen ligeras, la de la separacion es acerba, dolorosa, insufrible. Tal vez hubiese Pedro sufrido espontánea tan amarga separacion si la piedad de Cristo lo consintiera, cuando el amante reconociéndose indigno exclamó: ¡Ah, Maestro, soy un pecador, separaos de mí! *Exi à me, quia homo peccator sum*: os amo todo cuanto puedo amaros: mas fácil me fuera dejar la vida que dejaros á Vos, pero de Vos no soy digno; alejaos, Señor, de mí, alejaos: *Exi à me, quia homo peccator sum; Domine tu scis quia amo te*. No es fácil ciertamente comprender cómo el amor contrasta consigo; mas, bien propio es de la caridad despojarse hasta de sí misma para darlo todo á Dios: ni desprendimiento hay, aun el mayor y mas arduo, que no sea capaz de arrostrarlo. ¿Qué otro sacrificio le resta ya á Pedro para evidenciar y completar de una vez las pruebas de su amor á Cristo? Extenuado de fatiga, macerado de necesidad y de sufrimientos, quédale aun el esqueleto de su cuerpo sosteniéndose á duras penas, sombra lánguida de vida, que no pudiendo arrancarse á sí propio, suspira por el honor de darla por Jesucristo, y la infiel cuchilla invoca para á toda costa acabarla. Tarda en ofrecérsele la ocasion; presente la tiene en su ánimo, y con júbilo lo manifiesta: *Velox est depositio tabernaculi mei*.

20. Por fin, llegó la hora; y sea por odio de los insanos verdu-

gos contra el Crucificado, ó por disposicion celeste, la cruz es el suplicio destinado para el eminente Apóstol. Ya está enarbolada, y Pedro, conducido por armados sayones, es mas bien contenido que azuzado por ellos en el camino; ¡tanta es la alegría y decision con que marcha! Pero al aspecto de la cruz y en el acto de abrazarla devotamente, asaltado por diversos afectos, párase un momento á contemplarla pensativo; al mismo tiempo que anhela cuanto mas pronto las ansias de su suplicio, lo ve para él demasiado noble por el instrumento, despues que en la cruz el Redentor espirara. Que yo muera, dice para sí, es poco para mi amor; pero que yo muera en la cruz es demasiado honor al ningun mérito mio. ¡Oh cruz! bien dignos son mis miembros de ser sobre tí dislacerados, pero indignos son de colocarse y tenderse sobre el patíbulo que sostuvo los del Hombre-Dios! Imitar á mi Redentor en las injurias me enaltece; mas honrada por el Redentor, ya la cruz para siempre cesa de ser injuriosa. ¡Oh cruz! tú me embriagas de dulzura, pero al mismo tiempo me llenas de reproches, porque al verte recuerdo haber negado á mi Señor cuando iba á verse en tí colgado. ¡Oh mi Jesús! ¡que yo muera como Vos! No, jamás; seria para mí demasiada gloria: atormentadme, verdugos, os lo ruego, atormentadme lo mas fieramente que posible sea, pero cortesés distinguidme de Jesús; cambiad siquiera esta cruz volviendo lo de arriba abajo, y rinda á la tierra su postrer aliento una boca que pudo negar al Rey del cielo... Así lo hicieron, pues que complacerle era darle todavía mayor tormento. Vuelcan la cruz los verdugos: furibundos aferran por los piés al santo Apóstol, y horrorosamente la colocan de golpe boca abajo, y...

21. Esperad, esperad un momento, carniceros verdugos, y tú, Pedro, óyeme una palabra antes de cumplir el último de tus sacrificios. Tú fuiste liberal con uno que jamás permite quedarse vencido en dones; por amor de Cristo lo has dejado y abandonado todo en la tierra; pues bien, Cristo, además de la gloria inmortal en el cielo, te deja en todo el mundo una gloria cual otra igual nunca jamás han visto los pasados, ni es posible vean los futuros siglos. Tiende sobre el porvenir tu mirada, cuenta tiempos, recorre provincias, calcula generaciones; cuanto de grande y precioso tiene la tierra en longevidad, en magnificencia y en extension, todo formará tu gloria y la de tu trono. Esta cruz que aquí te sirve ahora de patíbulo, combatida de los huracanes por espacio de trescientos años, quedará firme y segura de todo golpe, y acabará de afirmarse re-

gada con la sangre de once millones de tus hijos y de veinte de tus sucesores, de tu espíritu herederos, que en defensa del honor de la fe y de tu sagrado solio darán la vida, llevándote tú la gloria de que en ninguna otra rama ni serie de príncipes existe ejemplo de igual ni parecido arrojó. Esta cruz, que es ahora tu patíbulo, conocida ya en Grecia, en Ausonia y en Asia; adorada ya por el egipcio y por el escita, entre el oro y preciosas piedras resplandecerá sobre la cabeza de los monarcas, que formarán con ella el mas precioso adorno de sus diademas: y sea para tí la gloria, que los potentados del siglo, doblada la rodilla á los piés de tus sucesores, las reciben humildemente de sus manos. Á nombre de esta cruz, tu actual patíbulo, hablarán oráculos de verdad los herederos de tu trono, y será en ellos tuya la gloria, que á las palabras emanadas del Vaticano se pondrán de acuerdo las doctrinas de las academias, las opiniones de los sábios y los pensamientos de los reyes dominadores de la tierra. *Reges videbunt et consurgent principes; et adorabunt sanctum Israel, qui elegit te.* La gloria de tu trono aparecerá ante el mundo tanto mas respetada cuanto el resplandor de santidad y de virtud, por el que algunos de tus sucesores llegarán hasta alcanzar el honor de los altares. La gloria de tu trono sacerdotal resplandecerá tanto mas admirable, cuanto si alguno de tus sucesores, enaltecido por algun medio no muy recto, participa de algun error, lo mismo será sentarse en él, que émulo de los mas celosos pontífices y sostenedor invencible de la integridad de la fe, cambiará en el acto de acciones y de ideas. La gloria espiritual de tu solio acabará de completar su resplandor luminoso con unírsele la gloria civil, á la que los amantes del saber rendirán admirados justo homenaje y tributo. Los estudios mas amenos, como los graves y serios de nuevos descubrimientos y de nuevas gracias, solicitarán y querrán adornarse y completarse con esta Roma, entonces convertida en centro de la Religion y de todo, y que ahora te crucifica. Caerá el imperio de Oriente: las sublimes ciencias, las humanas letras, las bellas artes de aquella su querida Grecia desterradas, se acogerán y reverdecen á la sombra del Vaticano: tu pontificio trono, coronado de los mas bellos ingenios del mundo, protegerá entre cariños á los sábios y á los literatos escapados de Bizancio y de Atenas; y por la proteccion concedida y por emulacion fomentada á todos los ramos del saber humano, uno de tus sucesores dará su nombre á su siglo, ante cuyo esplendor se eclipsará la luz de los siglos de Augusto y de Alejandro.

22. Tanta es tu gloria, ó Pedro, que no existen confines que la limiten, no hay Alpes, no hay mar que la circunscriban. Cuantos y cuantos pueblos se sucedan sobre la tierra, todos conocerán el nombre de Pedro, todos adorarán tu sacerdocio: de idiomas varios, de índole opuesta, por emulacion rivales, todos acordes rendirán honor á tu poder divino, *à mari usque ad mare.* En tiempos mas adelantados aparecerá otro hemisferio separado del nuestro por centenares de millas: se mirarán mutuamente suspensos los habitantes del antiguo y los del nuevo mundo: se llevará á aquellas gentes el Evangelio, anunciándoles el nombre de Cristo y el de Pedro; y admiradas aquellas generaciones de la santidad del Evangelio y de la majestad del pontífice, expedirán legados que por entre vientos y tormentas, infinito mar atravesando, traigan á los piés de tu solio los homenajes de la segunda mitad del género humano: *Filii tui de longe venient.* Y á fin de que la gloria del trono sobre el que agradecida te eleva la Providencia, léjos de poder envidiar á los otros tengan mas bien estos de qué envidiarte, tu solio pontificio subsistirá tanto cuanto subsista el mundo *usque ad consummationem sæculi.* Pueden como su móvil base las humanas cosas, en continua y perpétua vuelta de nacer, morir y reproducirse, mas tu solio como punto inmóvil en el centro subsistirá *usque ad consummationem sæculi.* Con alternada variacion de caractéres y de costumbres sucederán los siglos bárbaros á los civilizados, á los ilustrados los incultos; mas tu espiritual solio con igual firmeza subsistirá *usque ad consummationem sæculi.* Así como el engrandecimiento de los persas anonadó el orgullo de los caldeos, y el astro de Macedonia vino á su vez á eclipsar el esplendor de la Persia: y como el poder de los griegos desapareció ante el coloso romano; así tambien se eclipsará aun esta gloria actual de Roma: todo reino tendrá su fin; pero tu trono verá el fin de los siglos, subsistirá *usque ad consummationem sæculi.* Bramando de rabia y de coraje se levantará contra él armado todo el infierno, pero serán inútiles sus esfuerzos: *Portæ inferi non prævalebunt:* batallarán contra él la envidia de los menores sacerdotes, mas en vano: el cisma bajo mil variadas formas, pero en vano: la impiedad y la herejía con temerario empeño, pero en vano: *Portæ inferi non prævalebunt:* largas serán las guerras, obstinadas las cuestiones, duras las pruebas, pero los años de la duracion de tu solio se contarán por los del mundo, y en su firmeza subsistirá *usque ad consummationem sæculi: portæ inferi non prævalebunt.*

23. Esta es, Pedro, la gloria que Dios reserva en la tierra á tu

amor liberal, magnánimo y puro : mayor gloria que esta no puede esperarse ya sino en el cielo : abrázate, estréchate, pues, en tu cruz, y asciende por su medio allá donde el amor que es mérito, convirtiéndose en premio, eterna bienaventuranza te ha preparado. En la cual, ya elevado, si prometiste conservar amoroso recuerdo del redil de Cristo, que por supremo pastor te cree y te venera, *dabo operam frequenter vos habere post obitum meum*; ¡ah! acuérdate sobre todo de nosotros sacerdotes hijos tuyos: impetra para nosotros gracia de santidad y de amor á Jesucristo, pues que serán santos los fieles si santos son los sacerdotes; y amarán ellos á Jesucristo si nosotros amándolo podemos al menos decirle sin engaño lo que con rigurosa verdad al mismo Redentor tú dijiste: *Domine, tu scis quia amo te.*

ESQUELETO DEL SERMON II

DE

S. PEDRO, PRÍNCIPE DE LOS APÓSTOLES.

Nunc autem regnum meum non est hinc (de hoc mundo). (Joan. XVIII, 36).

Ahora mi reino no es de este mundo.

1. La sabiduría de Dios *attingit à fine usque ad finem fortiter, et, etc.* Todo en la naturaleza es perfectible y necesita su tiempo para perfeccionarse... En lo sobrenatural obrando Dios, como obra, por medio de las causas segundas, todo lo va perfeccionando por grados por no atentar á la naturaleza de las cosas en que obra...
2. La Iglesia, que al Salvador personifica, fué como él creciendo, progresando, perfeccionándose hasta llegar como él á fijarse en la situación de un varon perfecto, en la plenitud de...
3. Basta esto para convencer de insensatos á los que... Si la Iglesia ha debido variar en las formas exteriores, siempre es en su esencia la misma... De que Jesucristo dijese: *Regnum meum, etc.*, concluyen los enemigos de la Iglesia que Pedro y sus sucesores no debieron ni deben tener reino, autoridad ni poder en este mundo... Vamos á demostrar lo desatinados que van en sus críticas...

Reflexion única: El reino de Pedro, aunque en un principio no fue de este mundo, lo fue y debió serlo en seguida.

4. Preguntado Jesús por Pilatos si era rey, le respondió: *Ahora no...* Despues debia serlo porque... La suprema potestad de su vicario debia ir progresivamente manifestándose segun la Iglesia y los tiempos lo fuesen exigiendo... Así debia cumplirse el órden establecido por Dios... Nadie puede asegurar si el pontificado de Pedro ha llegado ó no á toda la perfeccion de sus formas exteriores...
5. Razones que prueban que Pedro era el destinado para vicario del Salvador... La Iglesia en un principio estaba en germen, y